



El columnista

Ricardo Cabrera
Julio 14, de 2020



Todos los días, con férrea disciplina, el columnista se sentaba frente a su vieja laptop, el café humeante, preparado con la paciencia de un artesano, era su única compañía, colocado a la derecha, donde pudiera ver desprenderse el humo de la

taza –siempre la misma-. Esta rutina, alimentaba la imaginación en forma constante y prolija. La hoja digital, parecía llenarse mágicamente con el producto de su esfuerzo, no era una situación mecánica, era un deleite personal. Los temas podían ser tan disparatados como fantásticos, nada parecía ajeno a sus dedos que volaban sobre el teclado negro.

Aunque, en un principio, solía escribir solo para él, pronto, se dio cuenta de la necesidad de compartir todo aquello que era almacenado en carpetas en su equipo de cómputo. Cierta día, por la tarde, se dio a la tarea de revisar una a una, sus aportaciones. Las leyó con ojo crítico, y vaya que algo sabía sobre ser crítico. Deshecho un par, no por malas, por el contrario, considero que eran demasiado buenas para perderse, y les preparó un mejor destino, esas en particular, podrían generar historias de mayor peso, siempre hay lectores ávidos de más. Para ellos serían convertidos en algo que perdurara.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Su proyecto inició al siguiente día, su decisión estaba tomada, -un escritor, necesita lectores- bueno, pues manos a la obra, habría que buscarlos. No solía ser pretenciosos en cuestiones de recuperación monetaria por su trabajo, le asistía más bien una especie de secreta vanidad del elogio, no por petulancia, sino por el hecho de contar la aprobación popular sobre algún talento personal.

Eso, sin duda, lo llenaría de orgullo. Seleccionó entre los muchos temas que ya abundaban en su abultado portafolio. Bo seleccionó el mejor, ni el peor a su juicio, simplemente dejó que fuera el azar quien tomara para sí, semejante tarea. Esto daría un mayor significado a la prueba a la que él mismo se había sometido.

Instaló una aplicación, extensión de su móvil, en su laptop. Revisó su lista de contactos –eran muchos- pensó. Hacia un buen tiempo que no intercambiaba comunicación con alguno de ellos, tenía múltiples mensajes, algunos eran lejanos en el tiempo que le avergonzaba no haberlos tomado en cuenta, se dijo que esta vez, tendría tiempo para todos ellos.

Generó un mensaje, a modo de saludo y lo hizo circular entre todas sus antiguas amistades y conocidos. Como es de suponerse, para algunos, causó sorpresa recibir noticias de alguien que los había ignorado olímpicamente, pronto se vio inundado de nuevos mensajes, muchos de ellos, eran de justos reproches. Contestó excusándose de la mejor manera posible –no era muy bueno para ello-, siempre había considerado que las excusas eran para admitir culpas que no sentía. En fin, suspiró y dejó que la cortesía hablara por él.

Les hizo llegar el primer fruto de su trabajo, eran solo cinco cuartillas, no habían sido escritas ni por desgano, ni en forma apresurada, eran situaciones personales que creía, merecían ser contadas.

Por la tarde de ese mismo día, se sentó nuevamente frente a su laptop, suponía que era posible que alguien se hubiera tomado la molestia de contestar que ya habían leído su trabajo. Después de haberlo enviado, ´se dio la oportunidad de



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

ocupar el resto de la mañana para respirar un poco de aire no enrarecido, durante los meses que la cuarentena por el COVID-19 había sido instalada, había evitado salir, lo hacía solo por cuestiones indispensables, por lo demás, solicitaba aquello que considerara necesario para subsistir, a través de pedidos por internet.

Por desgracia, esta vida de ermitaño, era común a más gente de la que pudiera imaginar.



Así que, esta vez, por nada en particular, disfrutaría del sol y del aire, no era necesario ir muy lejos, había un parque cercano, la gente llevaba allí a sus mascotas, algunos más, utilizaban los andadores para trotar. Se instaló en una

banca, estaba helada, el concreto un tanto húmedo, pero la sensación le hizo sentir más vivo que nunca. Se felicitó por haber abandonado la soledad de su departamento, incluso, hasta su móvil fue abandonado a su suerte sobre la mesa.

Revitalizado, después de un buen baño, y acompañado por su inseparable taza de café, revisó los mensajes que pudieran haber llegado en su ausencia. Grande fue su sorpresa, los había por montones, y la mayoría eran felicitándole por su trabajo. Otros más lo impulsaban a seguir compartiendo historias como la primera que les había enviado. La lista continuaba, y los parabienes le hicieron sentir mejor, le dieron clara muestra de su existencia en el corazón de quienes él había olvidado. Terminó su café y no escribió nada. Disfrutaba en silencio del su triunfo sobre la soledad. Pues, aun cuando solo él habitaba el departamento, lo sentía ahora, lleno de cálidos amigos, de risas del pasado y nuevas sensaciones para el futuro.



Con este sentimiento, el día llegó a su fin, durante los siguientes días se dio a la tarea de seguir compartiendo su trabajo, compartía aquellas que estaban almacenadas, mientras su imaginación daba rienda a nuevos escenarios y creaba con una renovada energía.

Al noveno o décimo día después de haber comenzado con su nueva tarea, comenzó a sentirse indispuerto, los síntomas se habían presentado durante la noche, y ahora, mientras escribía, se sentía realmente fatal. Ni la taza de humeante café ayudó un poco. Sin embargo, esto no impidió que continuara con el único objetivo que le daba sentido a su vida. En realidad, no podía decirse que estuviera vacía, por convicción él había roto lazos que consideraba innecesarios para continuar. La sanación, en ocasiones nos lleva por caminos que no tomaríamos si las condiciones fueran diferentes.

Sus manos se deslizaban ágiles, literalmente volaban sobre las letras, era como si tuviera prisa por exprimir hasta la última idea en su cerebro.

Inapetente, no lo provocó comer durante el día completo, sentía una irritación en la garganta que le impedía tragar algo sólido.

La tos comenzó al siguiente día, sentía que se desgarraba, la percepción de su entorno se distorsionó, dejó de pensar coherentemente, la fiebre se había instalado cómodamente en su cuerpo y no parecía tener trazas de querer abandonarlo.

Después, su cuerpo se sentía pesado, veía sus manos como unas extensiones ajenas a él. Recordaba esta sensación en el pasado, resultado de una expedición con un grupo de amigos a Real del Catorce, habían terminado por convencerlo de consumir peyote, le aseguraron que la experiencia mística sería irrepetible.

Bueno, lo único irrepetible fueron las sensaciones, hasta entonces desconocidas sobre su cuerpo, y el dolor de cabeza que le acompañó al día siguiente. No se arrepentía, gracias a ello, había dado inicio el comienzo de un libro que, por desgracia, también estaba almacenado.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

De vuelta a su presente realidad, sentía que el pecho se había convertido en una especie de caja inútil, insuficiente para albergar la cantidad suficiente de aire que hiciera funcionar en forma adecuada a sus pulmones. Las letras frente a él se veían borrosas y distantes, jadeaba como si hubiera corrido durante todo el día. Pero, a pesar de ello, siguió con el mismo tesón, no dejaría de escribir.

Continuó enviando sus historias, nadie fue informado de su condición de salud, siempre detestó que sintieran empatía hacia él por cuestiones de salud. No se consideraba una persona débil, y no era esa la imagen que le gustaba proyectar.

Las felicitaciones continuaron, y esto le hacía sentirse anclado a su vieja laptop. Valía la pena después de todo.

La fiebre y el cansancio no cedían, sus labios estaban resecos, era como si repentinamente el agua contenida en su cuerpo empezara a buscar un mejor recipiente para ser contenida.

La tos, retumbaba en sus sienes, el dolor de cabeza, les restaba coherencia a sus ideas, y comenzó a escribir sobre estas alucinaciones, escribía en un caos total, las ideas en la mayor parte de los casos eran inconexas, confundía historias, revivía o asesinaba personajes sin darse cuenta que no era conveniente para el desarrollo de la trama. Sin embargo, la abundancia de historias escritas con anterioridad le permitía seguir haciendo llegar lo mejor de su talento, y esto sin duda era celebrado todos los días. Lo que era mejor, había quienes se habían vuelto asiduos a sus relatos en tan breve tiempo de hacerlos circular, y le preguntaban sobre que iba tratar el tema del día siguiente, otros más le compartían su ansiedad por la espera de una nueva historia.

Eso lo mantenía lúcido, y vivo. Pero su cuerpo, empezó a consumirse, alejado de la atención médica, alimentado solo por su ego, languidecía de a poco.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Durante la mañana de un día en particular, y con la constante de los malestares que aumentaban. Sus manos no se movieron, estaban inertes, mientras él veía la pantalla con la hoja blanca en espera de darle forma a sus pensamientos.



Como desearía continuar con esta labor, no me gustaría que mis amigos se privaran de todo aquello que les falta por leer. Se sentía particularmente cansado, todo le giraba, se recostó sobre el teclado, suavemente, se dijo a sí mismo que solo necesitaba un poco de descanso, si pudiera dormir sin la sensación de ahogo, sería estupendo, seguramente con eso, las fuerzas regresarían y con ello su pasión por escribir.

Las historias continuaron llegando para todas las amistades que tenía agregadas en su abundante lista de contactos. Los mensajes eran cada vez más abundantes, y no faltaba quienes agradecían porque algunas de las historias los habían tocado de manera particular, o quienes gracias a estas mismas habían renovado sus ganas de vivir. La mejor de todas fue, aquella que aseguraba que sus historias eran mejor para la depresión que tomar ansiolíticos, y que, gracias a ellas, habían terminado con la dependencia de los fármacos. Se alegraban de depender ahora de sus historias.

Los meses de encierro se extendieron más allá de las predicciones iniciales, habían transcurrido la mitad del verano, y no había señales de que las cosas mejoraran. Las cifras de contagiados y muertos seguía incrementando. El común de la gente, sin atinar a cuál de las versiones seguir, si a la oficial que solía decir que las condiciones estaban mejorando, o a aquellas en las cuales se hacía partícipe a



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

todos de que solo se trataba de conspiraciones para instaurar un nuevo orden. Lo único cierto, era que la gente seguía perdiendo la batalla contra el bichito invisible.

Uno de los amigos del columnista, fascinado por sus historias, decidió que estas no podían quedarse como un mero ejercicio de difusión amistosa, era necesario hacerlas llegar a más gente, y por supuesto que rindiera beneficios monetarios además de buenas críticas. Había decido proponerle que las publicaran, le hizo ver que el financiaría el proyecto, deseaba que fueran conocidas, escribió mensajes una y otra vez proponiéndole semejante idea, por respuesta, seguía recibiendo en forma oportuna nuevas historias y nuevos mensajes de agradecimiento una vez que estas fueran leídas. pero nada sobre el tema de las publicaciones.

Creendo que la modestia o el orgullo le impedían aceptar, viajó desde su estado natal a la capital del país, la sorpresa será mi mejor aliada para que acepte, pensó.

Llegó a su departamento. Armado con su cubre bocas, careta y guantes de látex, parecía escapado de una película protagonizada por Dustin Hoffman, sobre un tema similar al que se estaba viviendo ahora.

Nuevamente tocó el timbre, pero no obtuvo respuesta, lo hizo con la puerta, el resultado siguió siendo el mismo.

Se dirigió a la vigilancia, preguntó por él, pero nadie supo darle razón alguna, nadie lo había visto desde hacía algún tiempo, aseguraban que estaban habituados a ello, sus salidas eran tan esporádicas que a nadie le parecía extraño no haberlo visto. Sin embargo, ahora caían en cuenta que no habían llegado quienes surtían u despensa.

Alarmado por esto, regresó hasta la puerta, tocó en forma desesperada, el silencio posterior a sus golpes fue la púnica respuesta. El escándalo atrajo a un par de vecinos, uno más dio aviso al administrador, pronto vigilantes, administrador y un parte de curiosos estaban cerca de la puerta, se miraban con miedo, no recordaban haber estado tan cerca de un ser humano que no fuera su familia, desde hacía algún tiempo.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Un cerrajero se presentó una media hora después, abrió en forma rápida la puerta del departamento, las persianas cerradas, a través de ñas cuales se filtraba el sol, dejaba pasar halos luminosos, contaminados por partículas de polvo que se veían danzar como si ascendieran hacia el cielo.

El olor característico de la podredumbre hirió el olfato de todos los presentes. Eso no era bueno, un sentimiento de angustia terrible se clavó en el pecho de quien hacia unas horas pensaba en la felicidad que le daría ver a su amigo, y, sobre todo, la cara de sorpresa.

La sorpresa, había sido para él, caminó atravesando la sala, nadie más le siguió, el temor era latente en todos. Entro en las recámaras, nada, por último, se dirigió al pequeño estudio donde su amigo solía pasar las horas.

Lo vio, estaba recostado sobre la laptop, esta seguía encendida, él parecía haberse quedado dormido sobre las teclas. Sus brazos se veían exangües a los costados, a un lado, su sempiterna taza de café. Y en el fondo de la pantalla, terminada, la última historia que escribió. 2